

» brillo , no habrá hecho mas que alejar la tempestad (1). »
 Estas consideraciones estampaba la prensa de Paris en 1851.
 La Compañía de Jesus , que acaba de ser llamada para diri-
 gir la educacion moral y religiosa de la isla , y los Padres
 Franciscanos para ocuparse del ministerio de misiones , nos
 dejan entender bastante que el gobierno se ha penetrado al
 fin de esta verdad.

(1) *L'Ami de la Religion.*



~~~~~

## CAPÍTULO V.

Estados Unidos. — Pasaje de la Habana á Charlesthon. — Primeras im-  
 presiones. — Una reflexion sobre el carácter de los Norte-Americanos.  
 — Educacion, colegios y universidades. — La prensa periódica. — Va-  
 cíos en la legislacion. — Desigualdad de condicion. — Esclavitud en el  
 seno de la libertad. — ¿Qué debemos juzgar de la civilizacion de los  
 Estados Unidos?

Existe en nuestro siglo una propension muy conocida á  
 elogiar todo lo que aleja á la sociedad de su marcha primi-  
 tiva : en este sentido , á las instituciones nuevas , por repug-  
 nantes que parezcan á la sana razon , se les ha llamado *pro-  
 greso* , *libertad* lo que halaga las aspiraciones de la dema-  
 gogia ; y se ha elogiado con todo el entusiasmo de que es  
 capaz la exaltacion de las pasiones , lo que parece calculado  
 para servir de elemento á una explosion general. Los que  
 trabajan por regenerar la sociedad europea , organizándola  
 á su modo , no cesan de elevar hasta las nubes la condicion  
 de los Estados Unidos , de prodigar inciensos , inmerecidos  
 muchas veces , á sus hombres de Estado , y de ponderar la  
 felicidad de sus habitantes , en quienes nos pintan realiza-  
 das las bellas utopias de la república de Platon.

El crecido número de los que forman sus ideas con las  
 producciones de esas inteligencias que ellos llaman *sus orá-  
 culos* , sin mirar por el reverso la bella figura que con estu-  
 dio les señalan por una de sus fases , se entusiasman de tal  
 modo que quisieran verla reproducida en todas las naciones.  
 Yo acabo de contemplarla tambien , pero no solamente esa

fisonomía encantadora que dispierta la emulacion de todos, que excita el deseo de todos, y se procura simpatías en el corazón de todos; he examinado también otra que se encuentra oculta bajo los artificios mágicos de aquella hermosura que deslumbra.

Desde que entré á bordo del vapor *Filadelfia*, me conocí ya bajo el imperio de la democracia: á su bordo hombres á quienes la fortuna quiso enriquecer de un golpe abriéndoles una fuente de oro en las tierras de California, ó la suerte protegió para que hicieran suyo en un momento el caudal que una mano pródiga colocara sobre un naípe, sin género alguno de educación, incomodaban quien con su algarazara, quien con sus maneras bruscas, y quien con sus libertades repugnantes.

La Florida presenta ese bello país que sorprendió á los Españoles cuando buscaban la fuente tradicional cuyas aguas tenían la virtud milagrosa de rejuvenecer; pero nuestra demora en este punto, el primero que tocábamos de los Estados Unidos, fué muy corta, y continuámos la ruta con dirección á Charlesthon. Aquí, después de fondeados, esperamos largo tiempo la visita. No es la de sanidad, ni la de policía la que se hace en los puertos del Norte-América, sino la de los equipajes, y esta con la mas severa escrupulosidad. Hablando francamente, en presencia del rigor de la aduana de Charlesthon, parece mucho mas liberal y franca la visita que en igual caso hacen los guardas de Cuba.

Charlesthon era la primera ciudad importante que veía yo de los Estados Unidos, y naturalmente me llamaba la atención su esmerada policía, sus bellos parques, su hermosa catedral católica, estrictamente gótica, y sus magníficos hoteles. Estas impresiones me fueron todavía mas agradables cuando al recorrer el territorio de los Estados mas importantes de la Confederación, veía por todas partes fábricas grandiosas que se dan á conocer desde lejos por

gruesas columnas de humo que se elevan de sus chimeneas; praderas inmensas que mantienen numerosas ganaderías; caminos de hierro que recorren mas de tres mil leguas, atravesando montañas, horadando cerros, superando las corrientes de los ríos, y aun las ondas mismas del Océano. Aquí un pueblo fabril deja ver los muros y techos de sus casas ennegrecidos por el humo del carbon de piedra, y no muy lejos de él otro agricultor señala sus alrededores cubiertos de bellas arboledas y de hermosos sembrados; allí ríos caudalosos, en cuyo seno se mueven mil embarcaciones que trasportan de un punto á otro frutos y manufacturas, y sobre ellos grandes ciudades cuyos moradores saben aprovecharse de esta ventaja para su prosperidad y engrandecimiento. Mas, no obstante todo este movimiento que acredita la actividad prodigiosa de los que lo impulsan, se ven todavía vastos territorios del todo incultos, con especialidad en los Estados del Sur y del Mediodía: estos se convertirán también en fuentes de riqueza, cuando estén ocupados por los numerosos extranjeros que diariamente salen de todas las naciones del mundo con destino á hacerse ciudadanos de la América del Norte.

El carácter singular de esta nación ha sido ya explicado detenidamente por muchos viajeros, y sin suscribir yo los apodos de toda especie con que le han tiznado los mas, me permitiré exponer en dos palabras alguna reflexión hecha durante el tiempo de mi permanencia en ella.

Uno solo es el sentimiento que domina á los ciudadanos de la América del Norte, y si á la verdad no es ni el mas generoso ni el mas digno de un corazón noble, culpa será de la educación que han recibido, culpa de los principios que profesan mas bien que de convencimientos extraviados, hijos de su propia conciencia. Esta máxima: *Yo antes de todo*, hija del materialismo mas egoísta, es la que bulle con fuerza en su entendimiento, y sirve de móvil á sus acciones. Adquirir dinero, hacerse rico, ved ahí su único

pensamiento. Para conseguirlo, no se detendrá mucho á meditar si sus proyectos son bastardos, ó si son difíciles sus especulaciones : él es como el jóven ardiente que obedece los estímulos de su genio, que no le permite meditar con madurez para obrar con acierto ; así aquel, divisando el oro en que cifra su única dicha : *Adelante*, se grita á sí mismo, y esta enseña, que revela bien su firme propósito, marchará con él hasta que lo haya realizado. No le detendrá la necesidad de repasar en su carrera los tristes vestigios dejados por otros que la hicieron ántes, ni le hará desmayar la ruina de los que acometieron primero el mismo proyecto ; la esperanza de adquirir le hace tan inaccesible á las impresiones de terror como duro á los gemidos del infortunio.

En los cálculos del especulador que todo lo pesa en la rigurosa balanza de su propia utilidad, la ajena ningun lugar ocupa ; al contrario, él sacrificará en su provecho la paz, la propiedad y el bienestar de los demas. Los actos del gobierno de Norte-América y la manera de obrar de sus ciudadanos justifican completamente nuestro juicio. Él arrebató á Méjico las Californias y el Oregon, solo porque divisó allí amontonado el oro : y aun cuando invocase para justificar su adquisicion los especiosos títulos de *anexion*, *cesion* y *compensacion*, las naciones civilizadas la llamaron *USURPACION*. Él realizó una expedicion que abrirá á su comercio los puertos del Japon, cuando este no pretendia cultivar relaciones amistosas con los nacionales del pabellon americano, y en fin, despues de ver malogradas en Cuba dos expediciones hermanas, discurre de este modo : « La guerra » vendrá á ser inevitable entre los Estados de la Confedera- » racion, siempre que la esclavitud subsista en algunos ; » mas un medio existe para evitarla, y es la ocupacion de » la isla de Cuba y su anexion á la Confederacion. Su fértil » territorio podrá distribuirse entre los propietarios de es- » clavos, quienes, para ocuparlo, deberán evacuar el que » hoy poseen. » Aquellos hechos, que nadie ignora, y estos

discursos chocantes, que he oido en muchas ocasiones, como que son el lenguaje de la generalidad, manifiestan bien los sentimientos y las ideas de los ciudadanos de la Union.

Tal egoísmo, verdaderamente desconsolador, va acompañado de una idea la mas elevada de sí mismo, de su inteligencia, de su poder moral, de su fuerza y de su valor físico. Ese jóven oscuro cuyos primeros pasos cobijaron quizá las selvas del alto Misisipi, ó que nació acaso en las grandes capitales de New-York ó Filadelfia ; ese jóven que si no se crió salvaje, no conoció al ménos otra dependencia que la muy escasa reclamada por su padre ; ese jóven que en su infancia apenas alcanzó la instruccion que ofrecen las escuelas sostenidas por las rentas nacionales, es, en su concepto, *un hombre libre*, y con su libertad tiene inteligencia y tiene fuerza ; en posesion de la primera de estas cualidades, ninguno, segun él, tiene derecho para mandarle ni para aconsejarle, pues que él lo conoce todo, lo comprende todo, y lo prevé todo ; creyéndose fuerte, no respeta otro superior que la fuerza bruta que pudiera ofenderle.

La educacion no es á propósito para corregir tales ideas ; en muchos casos, al contrario, las respeta, y con ellas simpatiza. Comencemos por las escuelas. El número de estas excede comparativamente al que tienen establecidas las naciones mas adelantadas en civilizacion ; mas mientras que en las de Francia ó Bélgica, por ejemplo, el niño á la edad de diez y seis años tiene ideas claras de religion, de sus deberes como hombre llamado á formar parte de la sociedad, de moral y de virtud, el Norte-Americano sale de la escuela á esa misma edad, y sin mas conocimiento que aquel que pueda proporcionarle ganar dinero, el de las letras, el de los números y el de algun idioma, si es rico. Si su buena estrella le condujo á una escuela católica, tendrá nociones religiosas ; pero esto no será sino una ex-

cepcion, porque el aprendizaje se hace regularmente en las escuelas municipales, donde nada de religion se enseña á los alumnos. Los maestros que en estas dirigen la enseñanza han sido educados en las escuelas normales, pero bajo el mismo plan y bajo la influencia de las mismas ideas, que podríamos decir muy bien están como inoculadas en la multitud y forman el alma del pueblo.

Acabamos de indicar un vacío inmenso que deja ordinariamente la educacion en los Estados Unidos, y es la instruccion religiosa. El espíritu humano necesita educarse como el individuo, pero su educacion perfecta no puede recibirla del hombre simplemente; para dirigirse busca motivos superiores, tanto mas cuando su genio ó su carácter, extraviando su razon, no encuentran en ese hombre circunstancias que den peso á su palabra. La mision del que enseña en una escuela jamas puede tener sobre la conciencia del discípulo otra influencia que la de un individuo que con aptitud superior comunica á otros por paga aquello que aprendió. No es esta por eso la inspiracion que habla con fuerza al corazon del hombre que trata de formar su conciencia, es otra voz superior, eterna é inefable, á cuyo eco interior enmudece y se inclina la humanidad reconociéndose pequeña, por mas que mucho valga á sus propios ojos. Esa voz le enseña á buscar fuera del mundo visible la fuente de sus deberes, el origen de la ley y el principio de la autoridad, que en su nombre la aplica, á conocer en Dios la sancion del derecho, y á respetar la justicia como fundamento en que descansa el bienestar propio y el comun. En el hombre desconocerá la autoridad, despreciará sus preceptos que pueden ser hijos del egoísmo vil ó de pasiones mezquinas, pero su alma le intima respetar las sanciones de aquella, con una fuerza secreta pero irresistible. Esta voz oculta es la religion: sus sanciones son las únicas que pueden ligar el interior humano. El hombre no puede imponer leyes sino al hombre, á la conciencia el

espíritu, y á este solamente la religion. Emancipad á los hombres del influjo de esta ispiracion interna, y entónces quedarán en ellos siempre vivos aquellos vicios que solo la religion puede combatir con éxito. Verdad tan conocida no entra sin embargo á figurar en la instruccion que reciben ordinariamente los hijos de la Union Americana.

He visitado sus establecimientos mas célebres, aquellos sobre los cuales la opinion pública está llamada á ejercer una influencia mas directa, y he encontrado que la religion no tiene cabida en sus programas, sino de un modo negativo. En uno quiero fijarme, porque lo considero el primero en su linea, tanto por su grandeza material como por el número de alumnos que contiene, y es este el de Girard en Filadelfia. En cinco cuerpos de edificio, suntuosos en toda la extension de la palabra, se educa un número crecido de muchachos con el producto de cuantiosas rentas que Girard dejó con este fin. Vestidos, alimento, libros de estudio, museo natural, profesores, todo lo encuentra allí el niño que es admitido como alumno. ¿ Mas importa algo á este abrigarse con buenas ropas y nutrirse de abundantes alimentos, si miétras tanto un corazon vicioso es el que principia á marcar los actos de su vida, y sin que él mismo pueda advertirlo quizá? ¿ Las explicaciones elementales de instruccion que oye de los profesores contribuirán algo para formar la conciencia y el corazon que han de decidir el porvenir de su vida? No por cierto: y el jóven que sale de allí para ocuparse en los talleres, ó para seguir otra carrera, sin religion que le reprima y sin moral que respetar, aumenta con sus desórdenes el número de crímenes que la sociedad lamenta. ¿ Qué ventaja ha reportado él pues de su educacion? Y la sociedad que ve en él un miembro sin rectitud y sin fe, ¿ habrá ganado algo con una institucion semejante? Ah, quien respondiese afirmativamente la burlaria! Hombres que la corrompen, que la minan, que la destruyen, ved ahí la única hartó.

triste ganancia que ofrecen tales establecimientos á esta sociedad, desplomada ya por los recios sacudimientos que sufre cada dia. Ved ahí los frutos amargos de instituciones que, como la de Girard y otras del Norte-América, escriben en su programa: « *Nada de religion se enseña aqui*, para que cada uno quede en libertad de elegir la que le parezca. » ¿No se alucinan por cierto los que han visto en esta disposicion inicua la causa de los graves defectos que alejan á los Estados Unidos de esa felicidad que algunos creyeron divisar como resultado de sus instituciones? Todos conocen el odio implacable del pueblo á su antigua metrópoli, odio que explica bien lo que poco há decia el presidente de la convencion democrática de Connecticut: « La democracia de este país odia á Inglaterra, y aguarda ansiosa la señal de romper con las culatas de sus rifles las puertas del palacio de Buckingham, y arrancar á Victoria de su letargo entre los graznidos del águila americana. » La mala fe en los contratos que presenta cada dia en bancarota fortunas que se creían colosales, del mismo modo nadie la desconoce; y ni aquella odiosidad ni esta mala fe pueden ciertamente dar por resultado la ventura y prosperidad real de una nacion.

Notamos, aunque de un modo indirecto, que en los Estados Unidos la enseñanza se resiente de otro grave mal, cual es la precipitacion. El mejor establecimiento de educacion no es allí, en concepto de la generalidad, el que adopta para sus alumnos los textos mas selectos, ni el que reúne á esta ventaja la vigilancia asidua de los superiores sobre la moral de los inferiores: algo influirá tener á su frente profesores notables; pero ni es esta aun sino otra la cualidad que se prefiere para la instruccion en general, es la brevedad del tiempo. El establecimiento que proporcione un curso mas breve, ese es el que tiene cualidad preferente para la eleccion, y á esta causa debemos atribuir la superficialidad de que adolecen los estudios hechos en los colegios y universidades de los Estados Unidos.

Los que estudian para abrirse una carrera profesional, bien sea como médicos, bien como abogados, terminan sus cursos en dos años á lo mas; y este solo hecho bastará para conocer hasta qué punto llega aquella precipitacion, ó mejor dicho, hasta dónde llega la superficialidad. Por disposicion de las asambleas de los Estados reside en casi todos los colegios el derecho de examinar á sus estudiantes, y los diplomas expedidos por sus presidentes bastan para probar la aptitud de aquellos. Como los establecimientos de educacion son una especulacion como otra cualquiera, sus directores, para conseguir mayor número de alumnos, tienen tambien por su parte que abreviar los cursos cuanto sea posible, de otro modo quedarian desiertos los colegios, y la especulacion caducaria. Ningun género de influencia ejercen las universidades sobre los colegios particulares; así es que en cada uno se siguen los cursos, textos y reglamentos que son del agrado de su director. Cualquier individuo, sea quien fuere, es dueño de abrir una escuela ó un colegio, sin que exista poder que baste á impedirselo, ni autoridad que tenga derecho para visitarlo sin el consentimiento del director. Mourmoun mismo, con todos sus absurdos y corrompidos sistemas, ha tenido abiertas sus escuelas, y si él se hubiera allanado al pago de las contribuciones, aquellas estarian hasta hoy abiertas en New-York y Filadelfia, como lo están en otros Estados del Oeste. Cualquiera comprende á primera vista los perniciosos efectos de este conjunto de irregularidades que forman el sistema de educacion en Norte-América. Mas al gobierno de cada Estado de la Confederacion, tan positivista como sus gobernados, no le importa el mayor ó menor aprovechamiento de los que se educan, tanto como las decenas de dollars que ha de pagar en tesorería cada candidato por su título de abogado, médico, cirujano, ingeniero, ó de la profesion en fin que haya abrazado.

La prensa, uno de los elementos de ilustracion y que los

Norte-Americanos muy equivocadamente llaman el primero y el mas eficaz, se encuentra generalizada en todos los Estados, con tal profusion que pocos son los ciudadanos que al cabo del año no han paseado su vista por alguno ó algunos diarios. Los cocheros los llevan, los tienen los cargadores, los leen los criados, y hasta las verduleras los repasan cada dia. Á mí me llamaba, en efecto, la atencion en los grandes mercados de New-York, Baltimore y Filadelfia ver á estas en grupos pasar el tiempo en recorrer las columnas de los diarios; pero ¿qué van á aprender allí? me preguntaba á mí mismo: ¿acaso el imponerse del estado del extranjero y conocer los hechos mas repugnantes de la vida privada de sus conciudadanos, único elemento en que se agita la prensa norte-americana, pueden traer alguna ventaja á estos individuos? Yo no la diviso; ni comprendo por qué pueda llamarse ilustracion la brusca algarazara producida por individuos que *sin conciencia cabal dan su opinion sobre todos los negocios de gobierno en las plazas y en los mercados*. Si nuestro siglo positivo se alimenta solo de realidades, como nos repiten diariamente los panegiristas de estas ideas, ¿qué ventaja real resulta á la sociedad de un orden de cosas semejante y que choca á primera vista? ¿Formar la opinion pública! nos dicen. ¡Pero desgraciada la nacion que entre á nivelar su marcha por la opinion de las verduleras que gritan en las plazas!!!... La conciencia es lo que forma la opinion y la ilustracion conveniente, pero solida; es el único elemento de que puede alimentarse la conciencia.

Un Estado en cuya organizacion figuran elementos tan irregulares, claro es que en su legislacion adolece de defectos; cada país presenta de ordinario en sus leyes el tipo de su carácter. En efecto, el derecho público, dividido en tantos cuerpos de leyes como son los Estados que forman la Confederacion, da por resultado tal confusion que justifica el nombre de *anarquía legal* con que designaron al-

gunos la legislacion de los Estados Unidos. Quien examine con imparcialidad las teorías orgánicas de este país, encontrará hasta qué punto es exacta semejante fórmula para definir su sistema político y social. No se registra en estos códigos ley alguna preventiva de los delitos, y las que se dirigen á castigarlos pueden quedar burladas con facilidad. De aquí es que el fuego devora por todas partes la propiedad del ciudadano: venganzas particulares, rivalidades mezquinas, intereses opuestos reducen á cenizas cada dia la fortuna en que familias enteras cifraban un risueño porvenir. Á nadie se ocultan atentados tan monstruosos; pero no obstante las leyes no los evitan, y se repiten á cada instante.

El asesino, al ensangrentar su puñal homicida, cuenta con privilegios que le acuerdan las leyes: la fianza que el juez no puede rehusar le deja en libertad en el lugar mismo que le vió cometerlo; él recusará despues á los jurados que no pueda corromper por halagos ó por temor, y el resultado final del proceso dejará al fin sin castigo su delito. Partidas de caballeros de industria que recorren los Estados del Sur, dejando estampada con sus excesos los mas graves y mas escandalosos una huella harto durable; la violencia y el robo que atentan en los campos contra la propiedad ajena, el individuo que invade tambien las sagradas atribuciones de la justicia para salvar su derecho amenazado por la audacia del malhechor en todas partes, son hechos que rinden á millares testimonios irrecusables de la insuficiencia de las leyes de los Estados Unidos para castigar los delitos.

El viajero que fija su vista sorprendida sobre edificios colosales que hacen el honor de Baltimore y Filadelfia, y ve consagrado en sus fachadas un solemne homenaje á la justicia que allí castiga con prision á sus transgresores, concibe desde luego una alta idea de la moralidad y civilizacion de pueblos donde la administracion ha sabido esta-

blecer prisiones, cuyo sistema tomaron por modelo la Francia y la Inglaterra. Efectivamente, la América del Norte tiene el mérito de un nuevo sistema de prisiones que introdujo y realizó con ventajas sociales, mas no tiene el de haberlo generalizado en su propio territorio; y mientras sus cárceles penitenciarias, tan bellas como bien construidas, admiran en las grandes capitales, los pueblos pequeños carecen de medios para retener siquiera con seguridad los malhechores.

Esto manifiesta que la condicion de los Estados no es igual, y que mientras algunos gozan como bien real las ventajas que les proporciona su prosperidad, otros carecen aun de los elementos de primer orden para hacer respetar la justicia, base de la sociedad y de la libertad. ¡Cuántos otros hechos podríamos aducir todavía para manifestar los vicios de que adolecen las leyes del país que se proclama el mas libre de la tierra! Pero uno tocaré por conclusion: es la suerte de los desgraciados que pisando el suelo mas republicano de la tierra, son no obstante tan esclavos como los que mas en todo el mundo. Mucho se ha escrito y mucho mas se ha dicho cuando se trataba de abolir el tráfico inhumano de los Negros de África. Entónces, yo no diré que, intencionalmente, la prensa inglesa suponía que en naciones cuya religion y filantropía ostentadas en otra época á la faz del mundo con hidalguía que hará eternamente su mayor blason, encontraba ahora simpatías el comercio mas inmoral, arrojando su dicho con atroz injusticia una mancha que las hará execrables á los ojos de la civilizacion. Mientras tanto la esclavitud es realmente cobijada por una nacion poderosa; y aunque en su territorio millares de individuos soportan igual suerte que los de Cuba y del Brasil, la Inglaterra los abandona al capricho de sus señores, y se contenta con quemar estériles inciensos al autor del *Tío Tom*, no porque mire en la novela de mistriss Stowe algo que se recomiende por su originalidad, sino porque ella es

un verdadero pasquin contra el gobierno de la Union, con quien jamas podrá armonizarse.

No es necesario penetrar el secreto de la vida doméstica, ni llegar al interior de la familia, para conocer la situacion infeliz á que viven sometidos los esclavos en Norte-América. Ellos soportan los trabajos mas pesados, sin recibir género alguno de alivio que se los haga llevaderos; á la voz de un mayordomo encargado de dirigir la faena, se levantan ántes del dia: ni el frio penetrante del invierno, ni el calor que sofoca en el verano, ni la debilidad de fuerzas propia de la niñez, ni la flaqueza de la ancianidad influirán para que la tarea que se les señale sea mayor ó menor; esta se ha de hacer, sean las que fueren sus dimensiones, y sea la que fuere la estacion. Los azotes, el cepo, la prision, la abstinencia de alimentos, son los paréntesis ordinarios de esta manera de vivir como penas que se aplican para castigar faltas involuntarias muchas veces. El alimento mas vil les recrea en los momentos de reposo, y alguna vez el silencio de la noche viene á ser interrumpido por el triste son de una flauta que acompaña al canto que dedican á su libertad perdida. Tal vez seducidos por la imágen halagüeña que entrevén en tierra remota, ó tal vez arredrados por el temor del castigo, emprenden la fuga; pero entónces, si á pesar de sus precauciones y de las simpatías que despierta la desgracia, si á pesar del derecho que les asiste para procurar su libertad, son descubiertos por los encargados de su pesquisa, prefieren la muerte, por serles ménos cruel que la suerte que se les depara.

En los diarios de los Estados Unidos se consignan ordinariamente sucesos de esta naturaleza; mas la pluma se resiste á copiarlos con toda su monstruosa extension. Nos bastará saber que en las aguas de los rios y bajo los árboles de los montes viene á exhalar con frecuencia su postrer aliento el que se fatigó buscando en vano esa libertad que

decantaba el país que con impasibilidad estóica le ve morir ahorcado ó sofocado. ¡Ved ahí la tiranía mas espantosa obrando envuelta en el manto de la democracia! Pero aguardad un instante, contemplad otras escenas contra cuyo sentido alzan la razon y la moral un grito de indignacion: á ese hombre degradado se le permitió consorte, porque la generacion convenia á los intereses de su propietario. Mas esos hijos que ama como parte de sí mismo los ve arrebatarse de su lado cuando su edad los hace capaces de soportar la fatiga: uno solo le acompañará, pero para su tortura.... uno en quien la naturaleza derramó la belleza y los encantos, que explota bien en su provecho la pasion brutal del amo, agrandando y profundizando las heridas del corazon lacerado del esclavo. ¡Ved ahí la dignidad del hombre sacrificada ignominiosamente en el altar erigido á la libertad! Mas ¡ah! no es libertad la que colocara en él la mano que lo levantó, es un torpe simulacro tras el cual se esconde el despotismo mas vergonzoso, y á quien se inmolan diariamente víctimas que reclaman la razon y su inmortal Autor.

Mas no es á mí á quien toca trazar líneas que describen excesos tan repugnantes.... repetiré, sí, mil veces con toda la fe de mi alma que un órden de cosas semejante no puede llamarse legal, ni el país donde las leyes lo sancionan podrá llamarse República sino irónicamente; y en fin, que las mil víctimas que las *instituciones* demócratas de Norte-América retienen esclavas en nombre de la libertad, no son de mejor condicion que las sacrificadas por los bajás y los ulemas bajo el terror del absolutismo en el Alto Egipto y en la Nubia. Una diferencia bien notable existe, sí, entre unas y otras: aquellas son esclavas bajo el pabellon de las estrellas, simbolo de la igualdad y democracia, y estas lo son bajo el estandarte de la média luna, cuyos principios son la fuerza, y cuyo único programa fueron siempre terror y absolutismo.

Juzgada á la luz de estos hechos la civilizacion de los Estados Unidos, resulta hallarse muy léjos por cierto de esa grandeza y prosperidad que entusiasma á ciertos políticos europeos que, mirando solo su exterior, creen ver en sus instituciones el tipo en que debería modelar las suyas la sociedad del Viejo Mundo. Mas sin tomar en consideracion lo ya dicho, ¿cómo podremos juzgar del mismo modo nosotros que observamos allí el desprecio del individuo llevado hasta el fanatismo y la crueldad practicada en el grado mas horrible? ¿Cómo traducir ese desprecio á la raza oscura, sea cual fuere la categoría de sus individuos, conducido hasta el exceso de levantarse á la vez todos los que comian en la mesa redonda de un *hotel* al tomar asiento en ella un hombre respetable por su carácter, y que no pudo por cierto evitar nacer de color negro? ¿Cómo traducir el clamor de la prensa americana, que declamó para que se despojase de sus empleos al célebre Noah, porque pertenecia á una de esas mismas razas contra las que abriga una constante prevencion? Mas si en antiguas preocupaciones no difíciles de encontrar aun en pueblos civilizados podria quizas hallarse la explicacion de estas prevenciones chocantes, no sucederá así respecto á los actos de barbarie con que la nacion americana ha manchado la historia social del siglo diez y nueve. Preguntadlo á la Florida, y ella os responderá que sus pacíficos indigenas han sido exterminados por los Norte-Americanos, que les cazaban con perros, como si fuesen bestias, y disipaban con el fuego de sus rifles la menor sombra de resistencia. Preguntadlo á los Indios de California, y os dirán que en poco tiempo mas habrán desaparecido del todo, pues que las hordas anglo-americanas venidas del Oregon les asesinan con la misma sangre fria que á los lobos y á los tigres.

Convenimos que el gobierno no interviene en algunos de estos actos, pero tambien es cierto que los tolera, y que su tolerancia le hace responsable. No han faltado voces elo-